

## RECORDANDO EL PASADO

En esta nueva entrega, nos remontamos un poco más lejos en el tiempo de lo habitual. Nos situamos en la década de los treinta, hace setenta y cinco años ¡ahí es nada! Un oficio tan necesario entonces, y que en la actualidad, a los más jóvenes sobre todo, se les antojará como gracioso o anecdótico.

La figura del pregonero se mantuvo hasta varias décadas después de esos años; y en Daimiel, el pregonero por excelencia en aquellos tiempos, fue Antonio Rodríguez Barbero Sánchez Medina, más conocido por "Tajá". Todos los pequeños pueblos, e incluso aquellos que tenían un respetable número de habitantes, tenían hasta hace unos cuarenta años a su pregonero.

El pregonero, funcionario público en la mayoría de los municipios, recorría las calles de la localidad provisto de un cornetín para llamar la atención, proclamando a los cuatro vientos aquellas noticias que pudieran ser de interés para los ciudadanos. Cuando se disponía a informar, daba un toque del cornetín, e invitaba a escuchar el mensaje. Lo variopinto de estas informaciones, iban desde la llegada de pescado fresco a tal pescadería, hasta que se habían perdido las llaves de una casa, comunicando que una suculenta gratificación recibiría quien las depositase en el Ayuntamiento.

Todo aquel que tenía algo que anunciar, referente a cualquier tema, iba al Ayuntamiento y dejaba el mensaje, al atardecer, cuando todo el mundo estaba de vuelta de su trabajo, salía el pregonero para comunicarlo.

Solía dar vueltas por el pueblo, para que todos pudieran enterarse de la noticia, parándose en lugares estratégicos, donde podía ser escuchado por más conciudadanos, sobre todo, en las confluencias o cruces de varias calles.

La forma en que comenzaba el mensaje, indicaba quien era el que lo hacía público. De este modo, cuando había alguna orden oficial, comenzaba con la fra-

### EL "PREGONERO"



ANTONIO CLEMENTE GONZALEZ

se que todos conocemos: "*De parte del señor alcalde, se hace saber...*". La gente que circulaba por la calle, se paraba curiosa junto al pregonero, produciendo un sepulcral silencio para mejor escuchar la noticia. Todo el mundo prestaba atención, pues el inicio indicaba que el asunto me-

recía la pena ser escuchado. Los mensajes municipales, venían precedidos de dos toques de cornetín, a diferencia de los asuntos de particulares, que solamente se identificaban mediante un toque previo.

El pregonero entonaba los mensajes con voz firme y con cierta entonación, como si del canto monótono y soso de una salmodia se tratase.

No era frecuente, pero de vez en cuando, se les solía gastar bromas a los pregoneros, haciéndoles anunciar algo inexistente o con cierta picaresca. No obstante, eran los verdaderos "periódicos" del pueblo, pues a través suyo, se conocían muchas informaciones importantes que, de otro modo, se hubiera hecho muy difícil su difusión.

En los pueblos más grandes, como Daimiel, son muchos los años que hace que dejó de sonar el cornetín de los pregoneros, sin embargo, en pueblos más pequeños, de los que abundan por nuestra geografía, como por ejemplo Las Labores, que cuenta con unos seiscientos habitantes, hasta hace un par de años la figura del pregonero permanecía. En la actualidad, en las torres o campanarios de algunos pueblos, se han situado unos potentes altavoces que hacen las veces de pregonero, pues también anuncian, a través suyo, noticias que pueden ser de interés general.

Es de suponer que cuando se jubilen, si es que queda alguno, será una figura popular más que se pierda.



El pregonero se encargaba de dar a conocer al pueblo las noticias más importantes o de mayor interés

### NOTA DEL AUTOR

En todos los escritos que he publicado en este periódico, he intentado por todos los medios informar sobre temas que van quedando en el cajón del olvido, para que, de algún modo, los más jóvenes puedan saber y conocer como vivían sus padres, abuelos y bisabuelos. Pero en la época a que hacemos referencia, era muy común que a las personas se les identificase por motes o apodos, y en algunos casos, por su nombre y apellidos ni se les recuerda. Por tanto,

cuando hacemos referencia el apodo por el que se le conocía a alguna de las personas que recordamos, jamás se trata en tono despectivo o malsonante, sino todo lo contrario, con el debido respeto y siempre, intentando que su recuerdo permanezca con agrado en nuestra sociedad, pues en la mayoría de los casos, hablamos de extraordinarios profesionales que dejaron huella en su oficio. Aún así, pedimos disculpas por si alguien se ha podido sentir ofendido.